

Orso Arreola y John Williams

Gilberto Eduardo Moreno Díaz

gilberto_moreno@yahoo.com

En el canal de Deutsche Grammophon están disponibles en línea varias bandas sonoras compuestas por John Williams e interpretadas por la Filarmónica de Viena. De ese imperioso ejército o ejercicio de la imaginación, hubo una pieza que me acompañó a despedir inesperadamente a un amigo. No fue ninguna de esas épicas galácticas, prehistóricas o mágicas, sino aquella que cabalga con facilidad entre selvas, desiertos, montañas y bibliotecas.

El maestro Orso Arreola estaba en el hospital y yo fui a su casa a cumplir varios encargos que me hizo. Terminadas las diligencias, al despedirme de él escuché la música de John Williams dentro de mi mente. Se lo habría comentado en ese momento y le habría preguntado burlonamente si los Jones estaban emparentados con los Arreola. Pero esa vez no pude hablarle con la franqueza y la irreverencia habitual. A él le esperaba una noche muy larga y ya en cualquier momento llegaría su hija para acompañarlo.

Por la forma en que el maestro Orso se puso el sombrero, recordé vivamente el corte en *La última cruzada* donde pasan de la frase: “Hoy perdiste, pero no significa que tenga que agradarte” a la secuencia del pleito en el barco, varias décadas después, pero aún por la cruz de Coronado. Ese puñetazo en la cara fue una metáfora muy real de su fallecimiento que estaba a unos días de suceder. Y de la avaricia y la mezquindad de varias personas de su entorno que finalmente mostrarían su verdadero rostro.

Sin forzar demasiado las asociaciones, fue fácil imaginarme al maestro Orso citando a un clásico de forma triunfante como lo hizo el personaje de Sean Connery después de derribar un avión con una parvada de gaviotas: “De repente recordé a Carlomagno. Que mis ejércitos sean las rocas, los árboles y los pájaros en el cielo”. Y es que no era raro escuchar al maestro Orso declamar de memoria poemas del Siglo de Oro a la menor provocación.

Sin embargo, la semilla de la música de Williams la sembró accidentalmente el Maestro con un comentario que hizo sobre la barranca de Toistona desde la terraza de la Casa Arreola. Viendo hacia la laguna y la ladera oriente dijo: “Si camino paso a paso hasta el recuerdo más hondo, caigo en la húmeda barranca de Toistona...”. Para en seguida afirmar, señalando al norte: “Toistona está detrás de este cerro”.

No tenía por qué dudar de sus palabras, pero me confundieron. En mi propio mapa mental no recordé nada que hiciera honor a la mítica Toistona que yo veía en mi imaginación cada que escuchaba ese pasaje de *La feria* sobre “La perfumada estrellita de San Juan que prendió con su alfiler de aroma el primer recuerdo de mi vida terrestre”. En la dirección que él señaló, yo sólo recordaba cerros modestos y algunas calles cuesta arriba donde cedía el apogeo urbano.

Fui a reconocer aquella zona y aunque encontré la calle de Toistona, que corre paralela a un arroyo seco, el divorcio entre la realidad material y el discurso poético fue contundente. Nada tenían que ver ese vado y esa cuenca polvorosa con una barranca “bordeada de helechos y de musgo entrañable”, ni había flor blanca alguna.

A unos minutos de donde terminan las calles de Zapotlán sí hay algunos cerros con cañadas inaccesibles y profundas. Hace décadas yo solía perderme en esas depresiones geográficas imaginando que estaba en alguna selva sudamericana no muy lejos de cuevas con ídolos dorados y trampas mortales. Lo complicado no era bajar al fondo de las cañadas. Lo complicado era no romperse una pierna o no matarse y después encontrar el camino de salida. Especialmente en temporada de lluvias y más si uno iba solo.

La verdad es que aunque aguas abajo Toistona parezca trivial y domesticada; aguas arriba, a quinientos o mil metros, Toistona no desmerece su fama topográfica y metafísica.

Fue así como en mi mente la *Raider's March* de Williams, las aventuras del Dr. Henry Jones, el Maestro Orso y Zapotlán se dieron la mano y se tomaron en los portales una taza de té (perdón, de chocolate Rey Amargo) con cuernitos de las Arreola teniendo de fondo a Catedral y al jardín principal.

Pero obviamente en ese momento no iba a importunar al Maestro Orso con este abigarrado galimatías. La pregunta crucial era cómo iba a despedirme de él. Él se iba a quedar internado en urgencias, y aunque él todavía no lo sabía con certeza, su condición ya era muy grave. “Tal vez con un índice de mortalidad del 90 o 95%” me dijo el médico que revisó sus estudios, pero sin que él nos oyera.

¿Me despedía de él dándole ánimos, deseándole que se recuperara pronto, haciendo planes para dentro de unos días o la próxima semana?

¿O me despedía asumiendo (como efectivamente lo fue) que sería la última vez que hablaría con él en persona?

¿Le mentía para darle ánimos y seguridad o además de la incertidumbre y de sus problemas de salud, ahora yo le iba a echar encima mi propio miedo y mi dolor?

Obviamente le mentí. Le mentí aferrándome a ese 5% de supervivencia y a la posibilidad de que sus problemas fueran menos graves de lo que creían los especialistas. Cuidé cada frase y cada adjetivo al hablar con él y siempre entre líneas, machaconamente le insistí: No se preocupe, nosotros lo resolvemos.

Me despedí del Maestro Orso Arreola con un “Que se mejore pronto” que asumía que nos volveríamos a ver en uno o dos días. Al día siguiente me llamó por teléfono y me dijo que en un par de horas entraría al quirófano. Y me pidió: “Avísale a las personas cercanas y de confianza. Pero que no sea público”. Ese viernes sí salió bien de la operación, pero siguió intubado y bajo los efectos de la anestesia. El sábado pareció mejorar, el domingo volvió a estar grave y en la madrugada del lunes 22 de febrero de 2021 falleció. Y a partir de ese momento, fue imposible que no fuera público.

No existe el Santo Grial, no existe una medicina universal que todo lo sane y nos dé la inmortalidad. Aunque el arte y la literatura a veces nos sanen y nos regalen una pequeña eternidad. Esta película no se termina con los héroes cabalgando hacia el horizonte y con las fanfarrias de la *Raider's March* mientras corren los créditos. Es un final abierto que aún puede incluir a otros clásicos. A mí me gusta pensar que el Director Fundador de la Casa Arreola, igual que el Cid Campeador, aún puede seguir ganando batallas.

